

## EL PLACER DE SER CUERPO

Cuando, hace aproximadamente un año, en una reunión plenaria del Centro Duoda, pensamos el título del Seminario público de este invierno, nos guió un deseo. Este deseo fue el de apartarnos, con un gesto majestuoso, de la economía de la miseria femenina que los medios de comunicación más visibles y algunos órganos de gobierno están cultivando desde hace unos años: sentíamos que la economía de la miseria femenina nos debilita políticamente.

Sabemos, por desgracia, que demasiados hombres despreciables – y uno es ya demasiado– nos violentan y agreden a las mujeres: esta es una parte importante de la historia de los hombres. Pero sabemos sobre todo que, para muchas mujeres, en la historia y en el presente, ser cuerpo es y ha sido una belleza, un placer y una fuente de libertad, de alegría y de gloria. Así lo vemos en la escritura femenina, en el arte de ellas, en el hablar de lo que nos gusta, en su manera de posar muchas veces ante la cámara cinematográfica... (Es una lección de libertad mucho más grande, por ejemplo, mirar una película de Marilyn Monroe que leer los *Studien über Hysterie* de S. F.).

Entendemos que sentir placer de ser cuerpo –un cuerpo que ha sido humanizado al irle su madre enseñando a hablar– es un lenguaje de diálogo entre una hija y su madre; un lenguaje que simboliza esa travesía dolorosa y difícil que es el nacimiento, reinstaurando una y otra vez a lo largo de una existencia el placer de vivir. De manera que el lenguaje del placer de ser cuerpo atraviesa libre y gloriosa-

mente esos otros lenguajes interpuestos que pretenden encajonar el cuerpo femenino en una economía de miseria.

Una raíz del placer femenino de ser cuerpo está en su capacidad de crear desde su materia: no *ex nihilo*, no desde la nada, como (desde políticas muy distintas) han hecho los filósofos escolásticos o algunos artistas abstractos. En la capacidad femenina de crear desde su materia hay un divino de la índole de la resurrección. Un divino que, si le es sustraído al cuerpo, este queda huérfano, sin voz, y enferma: un divino que señala la vida y la relación con quien la ha creado, la relación con la madre en la que se despliega la capacidad de sentir placer de ser cuerpo.